

Defensa de Carrillo

Tercera parte

El Golpe de Estado de 1838; Antecedentes; Necesidad de organizar y administrar debidamente a la naciente república y el problema de la federación; Código General

"El sistema de gobierno más perfecto es aquel que produce mayor suma de felicidad posible, mayor suma de seguridad social y mayor suma de estabilidad política."—
BOLIVAR, en el Congreso de Angostura.

Por Emmanuel Thompson

Con afecto al General Bolívar

En lo que constituyó la primera parte de este esbozo sobre Carrillo, nos tocó hacer una disquisición de orden filosófico-histórico. Fué como la base de esta atalaya, desde la cual tratamos de mirar ahora al gobernante y su obra. Con posterioridad, enfocamos la cuestión de las viejas rencillas entre Cartago y San José, que culminaron con una rebelión armada de la vieja ciudad y los restantes Departamentos, contra la nueva Capital. Tanto el escribir uno como otro capítulo, nos movía el deseo de pintar a don Braulio Carrillo, tal como, a nuestro parecer, fuera realmente, y como nosotros lo hemos sentido y comprendido. De esta suerte procuramos demostrar que aquel gobernante no fué el tirano, ni mucho menos el déspota sanguinario, que una propaganda asaz inexacta ha ido tejiendo como misteriosa y maléfica telaraña en torno a su persona. No sabemos si nuestro propósito ha sido conseguido, porque es menguada nuestra autoridad y nuestra juventud tiene que enfrentarse al prejuicio de los años, que ya llegan al siglo. Pero los documentos que hemos ido dando a conocer, y que revelan un Carrillo muy distinto del que exhibía la leyenda negra, hablan por nosotros, porque tienen el sello inconfundible de la verdad y emanan de fuentes insospechables y antiguas. En nuestra labor hemos puesto sinceridad y entusiasmo, ya que pensamos que el estudio de la historia debe moverse a impulso de una pasión noble y elevada, como es la propia convicción del punto de vista que se sostiene.

¿Qué fué lo que hizo decrecer los méritos del forjador de nuestra República, y los envolvió en densa oscuridad, presentando a las futuras generaciones de la Patria un fantasma cruel y odioso que no existió nunca? Hay algo extraño en todo éste proceso, que no puede explicarse y en que viene a la mente aquel cuento que añoramos en nuestra infancia, en que una hada agraviada aparecía de pronto para sumergir a la inocente princesita en un letargo de siglos. Y todo se dormía alrededor suyo; crecía la enredadera y la trepadora, la yedra y el espino en torno de su castillo, y allí yacía la olvidada y cautiva domisela, culpable de un delito imaginario, que sólo una circunstancia imprevista había de volver a la vida feliz, de la que se la arrancara sin piedad. Así ha sido en nuestra historia don Braulio. Su egregia figura yace cubierta

por férrea y maldita losa. Sus defensores son perseguidos casi a mansalva y se escucha por doquiera el anatema odioso que reprueba su memoria. Es, sin embargo, una figura que duerme anestesiada por el prejuicio, mas que no está carcomida por la podredumbre. Vive, respira y hace sentir su presencia, porque como los macizos ídolos de la India, sobresale, con su mirada apacible, por encima de las ruinas y la vegetación enmarañada, resistiendo al tiempo y la incuria. Por los ataques que se le endilgan, a manera de una epidemia periódica, pareciera que un sino fatal hubiera condenado al mandatario a recorrer siempre el suelo de su tierra, que tanto amó, como otro judío errante, vestido con una toga que no le encaja y llamado por un nombre que no es el suyo. Y ambula por los caminos polvorientos que cruzan la campiña, que él hizo florecer y henchirse de riqueza; a veces se detiene al borde de los ríos para calmar su sed porque el agua no se niega a nadie, es de Dios; aparece iluminando con su antorcha nuestros Códigos y sostiene con su diestra la bandera de la Nación que él forjó para ser independiente; y se diría que no todos lo reconocen, muchos lo hacen a un lado, otros lo injurian y no pocos lo consideran como a un intruso. Y cuando desea hablar, presentarse a sus amigos, se eleva una vocinglería ruidosa, que le colma de afrentas, y vense a su paso, sombras huidizas, como quien se aparta de la peste. Y tal ocurre en la candente arena del Desierto, en que la mirada febril distingue espejismos que alucinan la mente, de la misma manera, los ciudadanos que han recogido su legado, su preciosa herencia, dados con magnánima generosidad, le amenazan porque ven en sus manos huellas de sangre, de una sangre que él no derramó, pero que el odio hace aparecer roja y pródiga, manchándolo todo.....

Difícil camino el de Carrillo, pero gloriosa obra la suya. Allá en tierras lejanas, encontró muerte artera. Sobre su frente espaciosa, que cobijó tanta inteligencia, se hundió el plomo homicida de Diablo Prieto. Un gobernante, buen amigo de Costa Rica,—Carrera,—vengó su desdicha, mas, sus restos los cubre un polvo que no es polvo costarricense, y le dan sombra árboles que no son los árboles melancólicos del Jocote, donde se consumó su ruina y la de su patria.....

Pero he aquí que su obra, y ¡qué obra!,—vive y se agiganta, y su memoria que otrora constituyera ludibrio y escarnio, hoy es fama y honor para las nuevas generaciones. Ha sido, pues, preciso, que transcurra la centuria de los años para que se le haga justicia. Y es tiempo propicio de rematar su defensa.....

Pero al referirnos hoy a su gestión administrativa hagamos, antes que nada, un comentario pertinente. Para dar una satisfacción a los detractores del "grande hombre, hemos de admitir que aún subsiste el cargo—el único para nosotros—, de haberse proclamado dictador inamovible, en su celeberrima Ley de Bases y Garantías. Háse establecido anteriormente que Carrillo era capaz de resoluciones generosas y en muchas ocasiones en que se hubiera justificado el rigor, dió pruebas de magnanimidad y alta comprensión política. Que actuó, no como el gobernante mediocre, torpe y hasta ignorante que nos pintan sus enemigos, sino como el previsor hombre de Estado. ¿Qué fué lo que indujo a Carrillo a proclamarse dictador del pueblo costarricense? No hemos creído

nunca que tal decisión obedeciera a una vulgar ambición, en un gobernante que dió tantas pruebas de desprendimiento político. A nuestro parecer esta actitud tuvo su fundamento en la situación prevaleciente en el país, que era turbulenta y exigía una mano enérgica y constante. Carrillo lo comprendió desde el primer momento y tuvo el pecado de entender que él era esa mano indispensable, pero tuvo también el acierto de solucionar los problemas de su época, encarrilando al país por una senda de prosperidad y preparándolo, aunque cueste admitirlo, para la libertad que habría de gozar después. En esto se resume todo el arcano de aquella decisión, que ha llevado a los detractores del gobernante costarricense a sostener que nos hallamos en presencia de un precursor de Hitler.

Conviene, entonces, para fijar con claridad las razones en que apoyamos nuestro parecer, que hagamos una pintura de la Costa Rica de hace un siglo; que traigamos al papel la obra administrativa que hubo de llevarse a cabo y que asumió proporciones verdaderamente interesantes; que echemos una ojeada al período morazánico y aún después de Morazán, para observar si después Carrillo, Costa Rica obtuvo legítima libertad, o vivió tan restringida como antes; y nos detengamos un poco,—aunque la materia sea de suyo árida,—en el ordenamiento judicial impuesto a la República. Para lograr aproximarnos a nuestro plan nos hemos visto obligados a consultar lo que se dijo de nuestro país por los escritores extranjeros de la época, a revisar olvidadas disposiciones legislativas y a escrutar las leyes con paciencia benedictina,—digna esta vez de la causa,—en los olvidados y ya amarillentos infolios del viejo Código General que nos muestra cómo debió desenvolverse la vida de nuestros antepasados, conformados a disposiciones dictadas por una sabia mano, y que entreabren a nuestra mirada las costumbres y los prejuicios del país. En tan vasta tarea se habrán de notar, desde luego, notables omisiones que la complejidad de la materia apareja obligadamente; pero hemos procurado, con todo, dar una idea lo más cercana a la realidad de lo que, antes de Carrillo fué Costa Rica, cómo era cuando éste la gobernaba, y cuáles fueron los resultantes de aquella Administración para el futuro de la patria. Entonces, y sólo entonces, podremos entrever en todos sus alcances las razones y lógicos antecedentes del golpe de estado de 1938 y explicarnos por qué don Braulio dispuso, en un acto singular, mantenerse en la silla de Jefe de Estado, sin que nadie tuviera el derecho de decirle: “Quítate de allí, para ponerme yo en tu lugar.”

Y dichas estas palabras, a manera de preámbulo, pasemos a estudiar el medio americano y el costarricense de hace un siglo, cuando las nacientes nacionalidades del Continente se abrían a las promesas de la Independencia. De entonces a acá mucha agua ha trascurrido bajo el molino de la patria, pero la penosa situación económica y social de estas nacionalidades no ha cambiado demasiado, cuando se piensa que aún en nuestros días subsisten, no ya los gobiernos fuertes, aunque constructivos de Carrillo, sino crueles tiranías que aherrajan a los hombres libres y mantienen en la más vil explotación a sus rebaños. El mismo don Ricardo Jiménez, paladín eminente del liberalismo

de últimos de siglo, has visto, en nuestro país, forzado a cooperar con Compañías típicamente imperialistas, de los trusts norteamericanos, y a repartirse el botín político con desprestigiadas oligarquías, que hace años vienen sucediéndose con menoscabo del sentir democrático, y en el exterior, a reconocer solemnemente a gobiernos espúreos, frutos genuinos de la opresión. Ahora bien, porque don Ricardo ha tenido que afrontar y transigir con estas iniquidades, desde un plano de realización política, ¿diremos, acaso, que él es un inicuo? Tal el caso que hubo de presentarse a Carrillo en la Costa Rica de entonces. Así numerosos errores de nuestros gobernantes, si bien no son excusables de ningún modo, tienen cierta relación con ese estado social atrasado de estos conglomerados hispanoamericanos, que apenas empiezan a organizarse debidamente. A veces la pobreza, y más que, la pobreza sobrellevaba con estoicismo, la ignorancia, son las causales de los malos gobiernos. Se cumple en este fenómeno la dolorosa admonición de Martí: "Todo pueblo tiene el Gobierno que se merece."

Al factor social cumple agregar la empírica organización de nuestros sistemas económicos que no atienden con eficiente técnica las necesidades de América. Existen monocultivos que benefician a escasos y determinados grupos; mientras vastas zonas propicias a la agricultura yacen abandonadas y yermas, sin recibir la simiente que convenientemente distribuída, podría convertirlas en emporios de progreso y de auténtica democracia, pues el templo de tan esquiva deidad tiene sus soportes firmes en la tierra útilmente distribuída y cultivada. La acción de los gobiernos debe extenderse a todos los sectores, pero será imposible realizar este sabio postulado de prudente y previsora administración, si es un grupo, egoísta y retrógrado, el que pone y derriba mandatarios, instrumentos dóciles de sus intereses, que pueden cobijarse con el ropaje democrático, y acarician, sin embargo, en su seno, un áspid traicionero. Confrontando el problema de esta suerte, podría preguntarse si un dictador que surgiera apoyado por las fuerzas progresistas para reformar aquel estado de cosas inicuo, deja de ser, por aquel hecho, un gobernante republicano? Que conteste la conciencia de los oprimidos que encuentran en ese hombre su liberador.

Nuestras gentes producen poco y consumen menos, la estrechez de recursos hace que los centroamericanos ni sepan comer, ni amar, ni vivir, como se dijo en otro tiempo, que ocurría en Francia. Se sobrelleva en ciertos aspectos una existencia que reviste caracteres primitivos. Y, naturalmente, una coexistencia y contubernio de poderosos intereses creados al calor de esta triste situación se afana por impedir que tan fructífera esclavitud desaparezca, pues ella mantiene colmados sus apetitos y su insaciable ambición. Cuando se revela el caudillo que intenta romper los grilletes de la masa encadenada, aquellos círculos que ven amenazados sus provechosos porcentajes, se dan buena maña para desacreditar al hombre que les amenaza en lo más sensible de sus fibras, y desarrollan tal habilidad y ponen en juego recursos tan poderosos que consiguen dar impresión ajena a la justicia y envuelven en las redes de sus intrigas a los mismos ante quienes simulan ser sus salvadores.

No es fábula, sino un eco de la miseria humana, el cuadro que nos presenta el Tío Tom, leyendo en la Biblia la justificación de su esclavitud. Y sin embargo, ni la Biblia,—que nos cuenta la historia del pueblo más libre,—ni Dios mismo—fuente de toda bondad,—han querido ni proclamado la abyección. Pero el pueblo será siempre el sencillo Tío Tom que se resiste a que lo liberen y le conviertan en un presentable ser humano. Y tenemos aquí que el amigo del pueblo tiene en contra de él a su pueblo; ¿qué hacer entonces? Un gobierno fuerte se impone: surge el dictador, creado por la apremiante situación; que se afana por respetar hasta donde sea posible las prerrogativas individualistas, pero que no siempre podría resistir la cólera que puede producirle la estupidez acomodaticia y hasta esa socarrona malevolencia de los que se revuelcan en el lodo, y han llegado a sentir que tiene fragancias de jazmín.

Antes hemos dicho que el estado de Costa Rica era, llanamente, caótico al tomar el poder en su primera administración el Licenciado don Braulio Carrillo. La América entera se debatía en luchas convulsas y en el Istmo dos caudillos se disputaban los girones de la maltrecha Federación: Carrera y Morazán. A Costa Rica no advenía ventaja alguna durante la sangrienta disputa, y por el contrario veíase forzada a fuertes erogaciones, sin que su voz, abrumada por la mayoría representativa de Guatemala, pudiera oírse, aún respaldada y acompañada por los otros Estados Confederados. Su posición entonces era tan quimera y vana como lo fuera más tarde en la Liga de las Naciones, de la que en hora oportuna la segregó don Ricardo Jiménez. Fragmento nominal y apéndice alejado de la metrópoli, Costa Rica no habría nunca progresado sino fuera por el gesto visionario de Carrillo al constituir la en Estado independiente.

Un escritor boliviano, el Dr. Vicente Mendoza López, nos traza una pintura de la situación política y social de nuestros pueblos al advenimiento de la Independencia, período que alcanza a la época carrillista, puede decirse, con todos sus efectos, si se tienen presentes la miseria y aislamiento de Costa Rica: “Las guerras de la Independencia—dice aquél—no despejaron simple y llanamente el Gobierno de la Metrópoli, ciñendo el laurel de la victoria en la frente de los héroes y el olivo de la paz en el alma de los pueblos. Bolívar y sus lugartenientes recibieron, más bien, de las nacientes nacionalidades, la corona de espinas tejida por la convulsa heterogeneidad de las castas y las ansias individuales y domésticas de mejoramiento revolucionario. Cada individuo, familia o clase social padecía la fiebre revolucionaria, defendiendo o atacando patriotismo, la caza de fortuna, o perdiendo otros las que poseían, ante el espectáculo extraordinario de los guerreros que habían decidido de la suerte de América sin otros méritos que los inherentes al valor y a la fuerza.... Poblaciones engreídas y sin cultura, incapaces de distinguir la libertad de la licencia y el libertinaje, exigentes de todos los derechos y repulsivos de todo deber, cada provincia, cada villorio y, por último, cada individuo sostenía y perseguía su soberanía personal. Las necesidades del Estado y la atención de los servicios públicos, requerían recursos propios y hábitos acendrados de

trabajo y moralidad, que se hallaban tan distantes de la América como próximo el azote de la miseria, el desierto y la barbarie, que dijera Alberdi en 1852. Las ideas liberales de algunos fanáticos, la incomprensión casi absoluta de las masas, plantearon a Bolívar los problemas más difíciles que estadista o gobernante haya tenido que resolver en la tierra. Napoleón contó con respetables núcleos de colaboradores en todo orden, arrastrando en su marcha triunfal filósofos, artistas, soldados, apóstoles, poblaciones llenas de fe en el jefe; pero Bolívar al día siguiente de la victoria, se hallaba solo, cruzado por las exigencias de sus colaboradores y de las colonias que acababan de recibir el beneficio de la libertad."

Y este era el panorama que se vislumbraba en territorios grandes, ricos y que se habían mantenido estrechamente vinculados a Europa, recibiendo de ella las luces de la civilización. ¿Qué pensar ahora de la Costa Rica post-Independencia que era mísera, ignorante y colmada de prejuicios? Con razón se ha dicho que "pueblo chico, infierno grande". Como Bolívar que ve ante sí un panorama convulsionado, Carrillo tiene en una época que, como ha expuesto el comentarista boliviano Alberdi reputaba "el azote de la miseria, el desierto y la barbarie", con recursos infinitamente menores que los de los estadista sudamericano, una República por hacer, porque lo cierto, es que sus antecesores se han contentado con "esperar a que se disipen los nublados del día", y requiere, a como haya lugar, poner una nación en marcha.

¿Se puede gobernar constitucionalmente cuando se está levantando una nación? Carrillo lo intenta. Su primera administración es un reflejo de ello. Si hubiera sido el ambicioso vulgar que se nos pinta, ¿por qué no se proclamó dictador inamovible en este tiempo? Lo hace en su segundo período, cuando ya la experiencia le ha demostrado que no es posible construir un Estado soportando indiferente las maquinaciones de las oligarquías que lo devoran: esto es indudable. No hay una forma de gobierno estable que pueda satisfacer a los revueltos pueblos americanos. Nuestra nacionalidad, al independizarse, corre de un lugar a otro, y finalmente ancla, como destartada nave, en el puerto de la República. Pero ¿qué República es ésta, donde cada departamento tira para su lado, donde no existen leyes y donde se incuban las más opuestas tendencias políticas? Es una República formal, mas carente de contenido social, económico y político. Y todo esto sucede porque nadie entiende en América con precisión lo en que consiste el gobierno republicano. Bolívar mismo, no sabe qué hacer. Oigamos a este respecto lo que nos dice: "El más, sabio legislador de Grecia no vió conservar su república diez años, y sufrió la humillación de reconocer la insuficiencia de la democracia absoluta para regir ninguna especie de sociedad ni aún la más culta, morigerada y limitada, porque sólo brillan con relámpagos de libertad. La República de Esparta que parecía una invención quimérica produjo más efectos reales que la obra ingeniosa de Solón. Pisistrato, usurpador y tirano, fué más saludable a Atenas que sus leyes; y Pericles, aunque también usurpador, fué el más útil de los ciudadanos. Son los hombres, no los principios, los que forman los gobiernos. La libertad indefinida, la democracia absoluta son los escollos adonde han ido

a estrellarse todas las esperanzas republicanas. Angeles, no hombres, pueden únicamente existir libres, tranquilos, dichosos, ejerciendo toda la potestad soberana. ¿No disfruta el pueblo..... de los derechos que legítima y fácilmente puede gozar? Moderemos ahora el ímpetu de las pretensiones excesivas que quizá les suscitara la forma de un gobierno incompetente para él. Nada importaría que los resultados de un sistema político se relajasen por sus debilidades, si esta relajación no arrastrase consigo la disolución del cuerpo social y la ruina de los asociados. Los gritos del género humano en los campos de batalla o en los cuerpos tumultuarios claman al cielo contra los inconsiderados y ciegos legisladores que han pensado que se pueden hacer impunemente ensayos de quiméricas instituciones. Todos los pueblos del mundo han pretendido la libertad, los unos por las armas, los otros por las leyes, pasando alternativamente de la anarquía al despotismo o del despotismo a la anarquía; muy pocos son los que se han contentado con pretensiones moderadas, constituyéndose de un modo conforme a sus medios, a su espíritu y a sus circunstancias. De la libertad absoluta se descende siempre al poder absoluto, y el medio entre estos dos términos es la suprema libertad social..... Que la fuerza pública se contenga en los límites que la razón y el interés prescriben; que la voluntad nacional se contenga en los límites que un justo poder le señala..... Los senadores en Roma y los lores en Londres han sido las columnas más firmes sobre las que se ha formado el edificio de la libertad política y social. Todo no debe dejarse al acaso y a la ventura de las elecciones; el pueblo se engaña más fácilmente que la naturaleza perfeccionada por el arte."

De tales consideraciones políticas algunos conceptos han de encontrar eco en Carrillo: "Todo no debe dejarse al acaso y a la ventura de las elecciones; el pueblo se engaña más fácilmente que la naturaleza perfeccionada por el arte". Cuadran bien a sus ideas, las ideas de Bolívar. Y está de acuerdo con este sentir realista del Libertador: "Son los hombres, no los principios, los que forman los gobiernos". Y al emprender su obra administrativa la lleva a cabo atendiendo, según el programa bolivariano, las "pretensiones moderadas, constituyéndose de un modo conforme a sus medios, a su espíritu y circunstancias."

En esta época de tan opuestos sistemas, en que América atraviesa una grave crisis moral y en que las más opuestas doctrinas se disputan el desgarrado corazón de la patria, y se oscila desde la Federación Centroamericana al Unionismo Mexicano; en que las Constituciones tan pronto se inspiran en la Francia revolucionaria como se guían por la Conservadora Inglaterra o descansan sus bases en los discursos de Jefferson y de Hamilton, nadie sabe a ciencia cierta lo que más conviene. Pero Carrillo ha de tener presente a Bolívar cuando decía a O'Higgins: "Chile hará muy bien si consigue un gobierno fuerte por su estructura y liberal por sus principios."

Carrillo gobierna entonces un país pobre, sin influencias bienhechoras que vengan a favorecerle del exterior, y sin el milagro de los "klondiques" en su interior que le den riqueza y habiliten su migración. La tarea por hacer consiste, seguramente, en removerla de adentro hacia afuera, y crearle una

economía que, aunque modesta, le sea propia, basada en una producción armónica con el consumo; ordenar la hacienda pública, creándole rentas y cubriendo su deudas; dar desahogo al naciente cuerpo estatal mediante los respiraderos de los caminos que unen a la metrópoli con la campina productora y llegar en este empeño hasta el mar; poner coto a los filtraderos que determinadas camarillas realizan en las exhaustas arcas del Erario; robustecer el concepto de autoridad ante las continuas maquinaciones políticas mediante una suprema y acreditada centralización y regular la vida del pueblo y de las instituciones dentro de un Código General, que les den orden y salud. Este es el programa que se ha propuesto Carrillo y que ha de llevar a cabo, cueste lo que cueste, y aún por encima de los costarricenses mismos.

Tendamos nuestra mirada sobre lo que es Costa Rica y lo que son sus principales ciudades. Estamos en 1840. Algunos viajeros nos visitan; pero son bien raros. El país se desenvuelve callada y tesoneraente. Carrillo gobierna. Recorramos la ciudad de Cartago, foco activo de innumerables intrigas y ciudad que, así como Avila duerme arropada en muros blanqueados por la nieve, aquélla se envuelve en el manto de su soledad y tristeza. Fueron sin duda los ingleses, los que primero nos visitaron y dieron algunos informes sobre el Estado. John Gerard que conocía el país, le decía al viajero John Hale en 1824: "Si quiere usted establecerse en el mejor de los climas que conozco,—y yo he estado en la India y cruzado los Andes en tres diferentes puntos: de Buenos Aires a Chile, de Panamá a Chagres y de Acapulco a Veracruz,—vaya a Costa Rica. Si quiere encontrar un pueblo mejor, más inocente y afectuoso que todos los que yo he conocido en otras partes, vaya a Costa Rica. "Y John Hale vino a Costa Rica. Y después de conocerlo, adujo: "Fuí y me complazco en declarar que hallé ser ciertas todas las aseveraciones de aquel caballero."

Limitaba Costa Rica al Este por Colombia, sirviendo la Isla de Escudo de Veragua al NE. y Punta Burica al SE. de línea divisoria con Colombia, al Oeste por Nicaragua, al Norte por el Atlántico y al Sur por el Pacífico. John Hale, el primero de nuestros huéspedes viajeros, nos da sus impresiones sobre el país: "Haciendo una comparación imparcial, esta provincia es superior a cualquier otra del Continente Americano por su situación local. Al examinar un atlas se tendrá de ello pleno conocimiento. Esta deliciosa e interesante provincia, tan poco conocida en el mundo, está probablemente destinada a ser muy en breve el teatro de mucha actividad y a estrechar las relaciones entre el Asia, cuna de las artes y las ciencias, con las más refinada aún y moderna Europa."

Pero después de éste, que estuvo en el país en el año 1825, y que propuso un proyecto de colonización de familias británicas, son pocos los extranjeros que nos visitan. La Provincia permanece como oculta y olvidada del mundo civilizado, a manera de un minúsculo eslabón humano que duerme en una de las estribaciones de los Andes. México es ya entonces "una ciudad de palacios, donde se pueden obtener todos los regalos y comodidades y la mayor parte de los lujos de la vida", al decir de Hale, pero Costa Rica, según

él mismo, es apenas una "ignorada provincia", que sólo conviene "a un hombre de ideas, hábitos y medios moderados". Al interior se llega por Sarapiquí, desde el San Juan, procurando evitar el territorio de San Blas, que está poblado por indios poco hospitalarios. Los gastos del viaje oscilan para el extranjero entre cincuenta a cien dólares. Las condiciones climatéricas son las que existen hoy día, porque la naturaleza cambia bien poco. En los meses de diciembre y enero aparece el frío acentuado y Hale opina que "sería más confortable el amor de la lumbre que cubrirse con un buen capote."

Los años que trascurren desde el patriarcal gobierno de don Juan Mora a Carrillo—diez,—apenas esbozan un cambio apreciable en el desarrollo del país. La naturaleza brinda a sus pobladores los más diversos y sabrosos frutos, al alcance de las más modestas fortunas. La carne, el azúcar, los huevos, el café, el pan y las verduras son muy baratas. Pueden obtenerse cuatro libras de carne de vaca o dieciséis huevos, o cuatro libras de azúcar, o dos libras de café, por un *medio*, equivalente a la décimasexta parte de un dólar; legumbres para el consumo de tres personas durante una semana por un *real*, o sea una octava parte de un dólar, la harina no es muy abundante, porque, a pesar de existir inmejorables tierras en el valle del Orosi para su cultivo, el pueblo prefiere yantar las clásicas tortillas de maíz y queso. El ganado es barato: un novillo se negocia en 10 dólares, un cerdo gordo en dos dólares, un caballo cuesta, según su calidad, de 10 a 50 dólares; una mula se cotiza, como excepción, a precio alto: si es de carga de 20 a 30 dólares y si de silla, de 30 a 60. Las gentes pobres se alimentan de animales silvestres, como el armadillo, la danta, los ciervos y las palomas, que constituyen un manjar exquisito y abundan por todas partes. Los indios gustan de la carne del mono que reputan mejor aún que la del venado. En los ríos y lagos, se halla—hoy desgraciadamente ya casi extinguido,—el manatí o *trichecus manatus*, algunos de cuyos ejemplares llegan a pesar hasta quinientas libras, pareciéndose su carne a la del puerco. La tortuga—sobre cuya pesca ha de legislar Carrillo,—es abundante, sobre todo la especie verde se pesca en gran número en el río Tortuguero. Los indios canjean una de éstas, de peso de cien libras, por lo menos, por una botella de ron. Existe gran variedad de pescado, entre ellas la exquisita de agua dulce, llamado bobo, y las frutas silvestres, como la anona, la papaya, el mango, el aguacate, la sandía, la granadilla, las diversas variedades cítricas, la mora, el caimito, el zapote, y en las costas, el coco y la fruta de pan, constituyen un alivio para el bolsillo del pueblo, que tiene a su alcance las fuentes de la salud y de la alegría, o como diríamos hoy, las vitaminas y los minerales.

Cartago es una ciudad en que campean siete iglesias o más propiamente hablando, ermitas, posee calles anchas y desiertas, por las que apenas andan una que otra campesina llevando en su cabeza una tinaja de barro cocido, llena de agua, o una dama que ciñe su velo, o un grave señor vestido de negro. Cuando llueve el agua discurre por las acequias que están a un lado de las calles y cuando crecen inundan algún sector de un barrio. Los días jueves, que es el de mercado, y domingo, en que tienen lugar los eventos

religiosos, véanse sus calles y su plaza más animadas. Las casas son de adobe, bajas, con puertas y ventanas de cedro y techos de tejas rojas, sirviéndoles de base el piso, compuesto de unos ladrillos, que como las tejas, han sido cocidos al fuego. Las entradas de las viviendas de familias acomodadas aparecen ornamentadas con relieves labrados a cincel. Las ventanas no tienen vidrio, sino barrotes torneados con dos o tres hileras de travesaños de hierro. No se les pinta con colores de aceite, sino de cal o al agua. Pero lo más importante en la vida diaria cartaginesa es su mercado, instalado en la plaza principal, frente a la iglesia parroquial de Los Angeles; animadora perspectiva que tiene por fondo el siempre amenazante Irazú, que ha de hacer una de las suyas dentro de pocos días. Caballos, bueyes, mulas, obstruyen el paso muy de mañana al llegar las carretas de pueblos vecinos, por las inmediaciones de la plaza. Los arrieros en compañía de algunos apacibles guardianes del orden público y tempranos transeúntes—porque aquí no hay trasnochados—se desayunan en las fondas que allí existen; otros dormitan todavía echados sobre bultos de mercadería, mientras la campana de la iglesia empieza a llamar para la misa. Múltiples clases de artículos cobijan los rayos del sol naciente. Casi todos son de extracción criolla, aunque aparecen algunos importados. Véndense géneros traídos de Guatemala, Panamá y Ecuador, como rebozos de color, driles, mantas y sombreros de pita. Inglaterra brinda también zarazas estampadas y trajes de lana y ferretería; pero hay mucho artículo fabricado en el país como baratijas, chaquetas de pintorescos adornos; zurrónes de cuero, cestos de mimbre, alfarería, jícara y huacales lindamente labrados, brazaletes, cadenillas y canastillas recamadas de perlas del Golfo de Nicoya, que son blancas y rosadas y luego utensilios de labranza, jabones, velas, faroles y en otros puntos de la plaza levantan sus tiendas los vendedores de frutas; membrillos, duraznos, hortalizas, palmitos y yerbas saludables, o bien se ofrece la sabrosa mazamorra o vasos de chinchibí o se liba café o chocolate, acompañado de las apetecidas empanadas o tortillas de queso. Las mercaderías son ofrecidas por los propios productores, y, a veces son éstos mujeres, que se protegen del calor con anchos sombreros, y van vestidas de zarazas blancas con amplio descote, y con sus regordetes y desnudos brazos, manipulan los artículos entre sus manos, regateando la peseta o el maravedí a sus clientes.

Un escritor extranjero, Meagler, que nos visitara unos pocos años después de Carrillo, examinando a las vendedoras, nos hace esta aguda observación,—que tiene nuestro asentimiento pleno,—sobre el motivo del rápido declive físico de aquellas mujeres, expresión genuina de nuestra criolla: “En cuanto a la causa de este ocaso prematuro de tanta belleza,—que a los cuarenta parece tener ochenta,—y tanto brillo dejó su determinación a los profesores de etnología, lo mismo que a los de patología y a la química de la vida ordinaria. Por mi parte tengo la impresión vulgar de que si se consumiesen menos legumbres y raíces comestibles y más pollos, carneros y buenos bueyes de los que hay en el país, el caso sería distinto.”

Importante deducción que no sólo nos da una opinión respecto a la innegable decadencia de la hermosura de nuestras mujeres a temprana edad,

como no ocurre en Europa o los Estados Unidos, sino que nos pone de manifiesto la deficiente nutrición de la masa campesina que, no tanto por falta de recursos, sino por viciosa educación, prefiere un picadillo de chayote a un apetitoso plato de arroz con pollo. Pero la observación de Meagler tiene también un dato interesante: ha visto que el pueblo come mal, esto es, después de caído el Gobierno de Carrillo. Y es lógico que así sea, porque ahora serán, durante largo tiempo, hasta Guardia, las camarillas las que campean a sus anchas. No gobierna ya el hombre que prescribía a los superiores en su Código General, como una ley sagrada, respetar y dar buen rato a sus subordinados.

Así se desarrolla la vida en Cartago, la implacable rival de "la ciudad enemiga". Veamos ahora cómo es San José, la sede del Gobierno.

Villanueva, la capital, la reputa Hale "una de las más hermosas del mundo, de encantadores suburbios". Más tarde, Bailly, que nos visita en tiempo de don Juanito Mora, dice que tuvo una impresión tan triste y desolada de San José, que a poco huye. Y que sólo con el tiempo pudo llegarle a encontrar su interés. Villanueva cuenta con una catedral y dos iglesias, El Carmen y la Merced y como todas las ciudades, villas y pueblos, goza de un pulmón respiratorio, que es su Plaza Mayor, legado de la Colonia. Esta es el obligado centro de la vida social y comercial. Ocho calles emergen, como de la Puerta del Sol en Madrid, de este ombligo ciudadano, y que son cortadas por otras rectas. La población que se mueve en torno de este espacio oscila entre diez y siete mil habitantes. Mirando a San José desde una altura,—el viejo panteón del cólera,—da la sensación de una ciudad reducida y unida, de callejas estrechas, dispuestas en cruz, con casitas de tejados rojos, de donde a veces emergen algunas astas de bandera entre la verdura de los árboles frutales que cobijan todos los solares domésticos. Tres puntos se yerguen con preeminencia: son las torres de sus iglesias. Los domingos flota sobre la Casa de Gobierno la bandera del Estado y se pierden en dirección a los Cerros de San Miguel los ecos continuos de las campanas, que llaman a misa, y al rosario por la tarde. Pero sus calles no están desiertas como las de Cartago. Se observa a todas horas, excepto por las noches en que es interrumpida en su quietud por la voz temblona de los serenos que ayudan a los ciudadanos a la filosófica tarea de ver cómo pasa el tiempo y se va acercando la vejez, un tránsito continuo y una actividad comercial inusitada, para una ciudad tan pequeña. Con frecuencia se celebran bailes, o funciones teatrales que representan piezas de autores españoles o algún auto sacramental, o bien se escucha la alegre y sentimental algarabía de una serenata de amor. Todavía la capital no está alumbrada por los faroles de hierro que se trajeron posteriormente de Inglaterra y que, colocados en altos postes daban una luz bastante aceptable, emanada de un pábilo empapado de aceite. Pero Carrillo ha hecho instalar otros faroles más modestos en los lugares más céntricos, y cuando los serenos entonan su: "Ave María Purísima, las doce de la noche..." seguramente están tomando un poco de calor a su vera.

Existen otras ciudades importantes: Heredia, Alajuela, Puntarenas y Esparza, que sufriera durante la colonia los ataques de Morgan y sus pi-

ratas. El Estado que don Braulio ha de reparar para ser convertido en República, está integrado por unos 80.000 habitantes, pertenecientes en su noventa por ciento a la raza blanca española y mestiza. Pero se cuentan algunas tribus indígenas, unas que frecuentan el trato con el advenedizo y otras que se muestran reacias a aceptar los beneficios de la civilización occidental que por lo general consiste para ellas en unas botellas de ron y en un fraude organizado para robarles desde sus mujeres hasta sus tierras. En las poblaciones del interior los indios prestan útiles servicios: laboran la tierra y coadyuvan en las faenas domésticas. Son fieles y humildes y poseen algunos secretos naturales que la codicia de los blancos trata de arrancarles mediante promesas deslumbradoras de las que rien socarronamente las presuntas víctimas. Algunos de estos indios hablan misteriosamente de que conocen sitios donde hay oro....., mascullan palabras enigmáticas acerca de las legendarias minas del Tisingal..... En los senderos ásperos de las montañas ayudan, como las pacientes mulas, a trasportar cargas. El criollo es afable, cortés y vivaz, pero ignorante, envidioso y comido de los prejuicios. Las preocupaciones de la Colonia no se han podido desterrar todavía de su mente, así como aún se mantiene en sus costumbres la influencia del Código de Indias. Es duro y algo tozudo en su temperamento, es intransigente aunque sincero en sus banderías políticas, y ello no le obstaculiza para aceptar con realismo los cambios..... Sabe, pues, acomodarse, o como solemos decir aquí, "buscarle la comba al palo". A diferencia de la mayor parte de las colonias españolas que se manifiestan fanáticas por el juego de toros, el costarricense asiste a las corridas, pero no gusta de ver lidias sangrientas ni que se martirice a la bestia. Esta instintiva repugnancia por el derramamiento de sangre se ha de consagrar un día en su Código, repudiando la pena de muerte, como contraria a las leyes de la civilización y a su índole pacífica y conciliadora. Las riñas no son escasas; el clero se muestra amplio, aunque resiste la política civil del Estado, que trata de situarle en sus límites; sus costumbres son sencillas y morigeradas; temprano del alba ya está el campesino hendiendo con el arado la tierra y el gobernante da a todos el ejemplo de su laboriosidad. Es un hombre infatigable y quiere que los costarricenses no lo sean menos. Su moral, su temperamento y sus costumbres, han sido objeto de los más diversos juicios de los contemporáneos extranjeros que nos visitaron.

Unos autores sostienen que "los habitantes son en general de carácter alegre, de modales insinuantes y cumplidos en sus negocios. Que prefieren arbitrar un punto dudoso o disputado antes que recurrir al sistema más terco y compulsivo de la ley". Estos se refieren innegablemente a la costumbre establecida por el Código General de Carrillo que imponía el juicio de conciliación, de previo, a toda demanda. "Que en sus costumbres son muy industrioses y morales....." Otros tienen un criterio opuesto. Don Ricardo Jiménez opina, por ejemplo, que al encontrarse con un costarricense hay que preguntarle por su salud y luego, cómo va el pleito y que en materia de trabajo el criollo busca siempre la ley del menor esfuerzo. Y aunque este juicio es adjudicable a los de ahora, posiblemente el señor ex-Presidente no tendría reparo en ex-

tenderlo a los de antaño. Consignémoslo, pues, como anticipo comparativo entre lo que fuimos y lo que somos. Lloyd Stephens consideraba por entonces, en la época carrillista, a Costa Rica como “un país letárgico, pero de aspecto risueño y floreciente, como resultado del espíritu laborioso de sus gentes”. Según este escritor norteamericano, Costa Rica era “un país descubierto, quebrado y ondulado”, que le recordaba ciertos paisajes de su tierra, New Jersey. Este escritor entró por La Garita, puesto aduanero del Pacífico, situado en la cima de una hondonada. Estaba servido por un comandante que en patrióticos servicios perdiera como Nelson, un brazo, y por otros funcionarios recaudadores. A medida que se adentraba al país en dirección a Alajuela, presentábanse las casas espaciadas unas de otras como a trescientas yardas, casitas construídas de adobes, pintadas de cal de color, y con figuras de soldados con su fusil correspondiente, estampadas a los lados de la puerta de entrada. Muchas de ellas estaban emparradas, y el camino se resguardaba con hileras de árboles frutales. Los campos aparecían a la vista del viajero cultivados de caña de azúcar, y no existía morada campesina alguna que no poseyera su trapiche. De vez en cuando una carreta de caña cruzaba el camino. Cuando Stephens llegó a Alajuela era domingo; se encontró con una ciudad de unas diez mil almas. Según él, la plaza estaba muy bien situada; tenía una iglesia y un cabildo. Los moradores, vestidos de blanco, estaban sentados en las galerías de sus casas o asomados a sus balcones o reclinados en hamacas, dentro de ellas. Las mujeres que vió eran hermosas y muy blancas. Le llamó la atención al viajero norteamericano que su guía que era de San José, hablaba despectivamente de los de las otras ciudades. La impresión que tuvo de los cafetales de la Provincia Central al recorrerla, fué muy lisonjera. La vista de la meseta impresionó al viajero en tal forma que opina que “no era, como el resto de Centro América, retrógrado y ruinoso, sino risueño como la recompensa del trabajo”. Adverte que “siete años antes toda la llanura era un desierto”. Teniendo presente que su llegada al país fué en 1839, púedese observar la transformación operada bajo la égida de Carrillo. Al entrar a San José, el viajero se cruzó con una procesión religiosa que portaba a la cabecera un Crucifijo y se acompañaba de acordes de música de violines; iba a suministrar los últimos sacramentos a un moribundo. Todos se arrodillaban a su paso, y los jinetes se descubrían. Stephens, como todos los viajeros de la época, protesta acerca de la incomodidad del hospedaje. En realidad, es justa la queja, pero hay que tomar en cuenta que la afluencia de extranjeros al país era escasa, en sumo grado. Los extranjeros que el viajero encontró por entonces en San José eran sólo cuatro: dos alemanes, un inglés y un norteamericano. Uno de ellos había peleado en Waterloo, y por paradoja del destino estaba ahora en la capital costarricense. Para el viajero, San José “es la única ciudad de Centro América que ha crecido o siquiera progresado desde la Independencia”, y manifiesta que la ciudad “mostraba un desarrollo de recursos y un movimiento comercial insólitos en aquel país letárgico.”

El escritor norteamericano nos explica cómo fué que conoció a Carrillo, y gracias a su pluma conservamos un retrato físico y moral de don

Braulio. Citemos, a este respecto sus propias palabras: "Mi primera visita de etiqueta fué para el señor Carrillo, el Jefe de Estado. El de Costa Rica gozaba entonces de una prosperidad no igualada por ningún otro de la disuelta Confederación. Situado a segura distancia, sin tener bastante riqueza para provocar la codicia y con un gran trecho de territorio desierto para protegerlo contra el avance de un ejército invasor, se había librado de las revueltas y guerras que asolaban y devastaban a los otros Estados; y con todo, dos años antes había tenido su revolución. Una soldadesca tumultuosa penetró en la plaza y a los gritos de ¡abajo Aguilar! ¡Viva Carrillo!, mi amigo don Manuel fué derrocado por las bayonetas, desterrado del país y Carrillo puesto en su lugar. Este nombró Vice-Jefe a su suegro, un viejo respetable, reunió en la plaza a la soldadesca, a los funcionarios civiles y militares y todos representaron la solemne farsa de jurar fidelidad a la Constitución. Legó el tiempo fijado por ésta para hacer nuevas elecciones, pero no fueron permitidas. Carrillo había probado una vez por este medio y fracasó; de suerte que no tiene la intención de correr nuevamente el albur y es probable que se sostenga hasta que lo derribe la misma fuerza que lo elevó. Entre tanto toma prudentes precauciones. No permite entrar en sus dominios a los emigrados, revolucionarios o sospechosos de los otros Estados; ha puesto una mordaza a la prensa y mete presos o destierra, bajo pena de muerte si regresan, a todos los que hablan en voz alta contra su gobierno. Carrillo podía tener unos cincuenta años (1).

Era pequeño de cuerpo y grueso; sencillo pero cuidadoso en su modo de vestir. En su rostro se pintaba una resolución inquebrantable. Su casa era lo bastante republicana y nada había en ella que la distinguiese de la de cualquier otro ciudadano. En una parte estaba una tiendecita de su mujer y en la otra tenía él su oficina para despachar los asuntos del Gobierno. Esta oficina no era más grande que la de un mercader de tercer orden y en ella tenía tres empleados que estaban escribiendo cuando entré, en tanto que él hojeaba unos papeles en mangas de camisa. Tenía noticia de mi llegada y me dió la bienvenida. A pesar de que la ley en virtud de la cual estuve a punto de ser detenido en el puerto predominaba en mi mente y estoy seguro que no fué echada en olvido por él, ni uno ni otro hicimos alusión a ella. Me interrogó especialmente sobre Guatemala, y no obstante que él simpatizaba con la política de este Estado, no tenía buena opinión de Carrera. Se mostró inflexible en su hostilidad contra el General Morazán y el Gobierno Federal, y me pareció ser en realidad contrario a todo gobierno general y tener profundamente arraigada la idea de que Costa Rica era capaz de subsistir por sí sola, creyendo sin duda que el Estado, o, lo que es lo mismo, Carrillo, podía emplear las rentas mejor que cualquier otra autoridad. Esta es la verdadera roca contra la cual se estrellan todos los políticos de Centro América. No existe ningún sentimiento nacional: cada uno de los Estados quiere ser un imperio: los funcionarios de los Estados no pueden aguantar superiores:

(1) Contaba sólo cuarenta según nota el historiador R. Fernández Guardia; pero estaba muy encanecido.

un Jefe de Estado no soporta a un Presidente. Carrillo no había enviado diputados a la Convención y no pensaba hacerlo; pero me dijo que Costa Rica permanecería neutral hasta que los demás Estados arreglasen sus dificultades. Habló con mucho interés de mejorar los caminos, especialmente los que conducen a los puertos del Atlántico y el Pacífico, y se mostró muy satisfecho del proyecto del Gobierno Británico, que yo le mencioné de enviar vapores para comunicar las islas de las Indias Occidentales con la costa de los Estados Unidos, vapores que tocando en el puerto de San Juan podrían poner a su remota capital a dieciocho o veinte días de Nueva York. Lo cierto es que a pesar de ser usurpador y déspota, Carrillo trabaja con tesón por el bien del Estado y un sueldo de mil doscientos pesos al año, con todo y gajes, y se le permite ser su propio pagador. Además, todos los que no se atraviesan en su camino gozan de garantías. Unos pocos, que no pueden doblegarse al despotismo, hablan de salir del país; pero la gran masa está contenta y el Estado prospera. Por lo que hace a mí lo admiro. En aquel país la disyuntiva es un gobierno fuerte o ninguno. Por todo el Estado de Costa Rica tuve una sensación de seguridad personal de que no disfruté en ninguno de los otros. Que viva Carrillo mil años para bien de los viajeros!”.

Glasgow Dunlop, escocés presbiteriano, que llegó a Costa Rica dos años después de la caída de Carrillo, opina que el carácter de los costarricenses “difiere mucho del de los habitantes de todas las demás partes de Centro América. Son industriosos, aunque no les gusta el trabajo rudo; cada familia posee una pequeña plantación de café o de caña de azúcar; las clases más bajas son muy sencillas en sus costumbres; todos se casan muy jóvenes y no se conoce entre ellos la promiscuidad de los sexos que existe en los demás Estados. La vida y la propiedad están también muy seguras y desde hace cuatro años no ha ocurrido un hecho de sangre, situación muy distinta de la que existe en los otros Estados, donde los hay casi todos los días y son tan comunes que por lo general no llaman la atención”. Con todo, apunta el presbiteriano, “hay costumbres que sonarían de modo muy extraño en oídos ingleses”. Así, por ejemplo, el hecho de que los caballeros y las jóvenes solteras duerman en un mismo cuarto, en camas contiguas, y usando un lenguaje enteramente libre en sus conversaciones. Considera Dunlop que a diferencia de Guatemala, donde los deslices conyugales se ocultan al engañado esposo, en este país se confiesan por la esposa culpable al marido y éste los absuelve comprensivamente. La esposa se limita a prometer mejor comportamiento en el futuro y el seductor y el marido se ríen del asunto, sin acordarse más de él.....

Tal es el cuadro que de nuestros compatriotas se traza en la época que gobernaba Carrillo. Abramos aquí un breve paréntesis y recorramos quince años adelante, para observar también las costumbres de la época de don Juanito Mora. El paralelo tiene importancia, porque en ese tiempo podrá ya apreciarse el fruto derivado de un gobierno que dió leyes e imprimió costumbres decisivas a una generación y que por fuerza tiene que haber transformado al país, bien sea pervitiéndole, envileciéndolo, servilizándolo, como es lógico suponer de

un tirano, de un mandatario ignorante y torpe, o bien, al contrario, llevándolo al progreso e imprimiéndole honestos hábitos.

Es natural esperar, pues, que en estos quince años, la semilla regada en tierra costarricense por la dictadura carrillista habrá dado su fruto. Es la generación que amamantó sus doctrinas y creció a la sombra de una administración que intervenía directamente en la vida del pueblo, procurándole nuevos horizontes y que trató de erigir un Estado pobre y desmirriado en República con vida propia e independiente.

¿Fracasará la obra de Carrillo? Véamoslo:

Un alemán, Wilhelm Marr, que estudia a Costa Rica en el interregno morista, consigna estas palabras: "Costa Rica es el paraíso de los Andes..... pero la indolencia del costarricense desespera a menudo a los extranjeros". Es curioso notar que en la época carrillista no es habló por los visitantes nunca de "indolencia". Esto se nota más adelante. Pero al observar una reunión en Puntarenas considera que "en todas partes predominaba una cierta índole ágil, activa y afanosa, que ofrecía el más halagüeño contraste con la tierra de la raza perdida, Nicaragua". Y su entusiasmo lo hace entonces lanzar, ante el desfile de unos compatriotas hamburgueses un "Viva Costa Rica". En este país,—dice "el cáncer social consiste en la mezquina codicia y la falta de un alto espíritu de especulación..... Es una dicha que los hombres de Costa Rica no sean belicosos como sus gallos....." Y cree, finalmente, que Costa Rica es "un pequeño pueblo naturalmente bueno y pacífico y que apenas acaba de ser rozado por los representantes inmigrados de la peor parte de la cultura europea."

El irlandés Meagher que nos visitó en 1858 manifestaba así su opinión respecto a los costarricense: "La industria, la actividad, la inteligencia viva, el deseo de ponerse en condiciones de independencia y las artes honradas mediante las cuales se llega a la realización de este deseo: tales fueron las grandes características del país que en todas partes observamos..... En todo el camino nos llamó grandemente la atención la viva inteligencia, la actividad, la intrepidez, el semblante despierto y la gentileza de los muchachos costarricenses... En todo el país, en los campos, en el mercado, en la selva, en medio de la más afanada muchedumbre, en la soledad más completa. en todas partes eran los mismos muchachos despiertos, y expeditos, arrojados, incansables. Son para el país una fuente de salud y una corona de joyas que no tiene precio."

El escritor Trollope que vino a Costa Rica en la misma fecha, 1858, es seguramente el menos entusiasta de nuestro huéspedes. Sus palabras son frías y a veces un tanto amargas: "..... las gentes no son allí perezosas. Por lo menos éste no es especialmente su carácter. Son una raza lerda, resignada, tranquila, ordenada y amiga del dinero, pero en ningún caso de arriesgarlo. Viven bien en cuanto a tener alimentos y ropas suficientes, pero todavía con mucha estrechez. Se muestran ansiosas de hacer pequeñas economías y políticamente satisfechas si se les garantiza esas economías. Aún las clases altas, o las que nosotros llamaríamos clases comerciales, parecen poco de-

seosas de adquirir educación, ya sea religiosa o profana. No tienen entusiasmos ni ardientes deseos, ni aspiraciones. Si tan sólo se les permitiese vender su dulce al fabricante de aguardiente! ¡Si se les dejase obtener un pequeño beneficio en la Fábrica de Licores! Tal es por el momento el agravio que las afecta: pero aún esto lo soportan fácilmente". Trollope opina que los costarricenses no asaltan en los caminos, pero que al amparo de las martingalas legales hurtan la bolsa ajena. Observó Trollope por este tiempo que los habitantes pertenecían en su mayoría a la raza blanca, aunque buena parte era todavía mestiza y no faltaban ejemplares descendientes de la negra. Según su punto de vista el costarricense no tiene la varonil dignidad del castellano y aunque vió algunas muchachas bonitas "sólo podían ostentar esa belleza corriente y común a todas las chicas jóvenes, belleza que nuestros amigos los franceses pintan como un don especial del diablo". No pudo, por consiguiente, como él mismo lo dice, recrearse con "ojos bellos, apasionados y chispeantes", ni en "lindos cuerpos como los que se descubren en Sevilla en torno a las verjas de los altares de las iglesias", ni vió, por supuesto, "perfiles que lo dejaran mudo de asombro". La descripción que nos hace de nuestras antañonas Evas es pintoresca: "Las mujeres son lerdas en su apariencia como los hombres en sus faenas. Son adictas a la crinolina, como lo quiere la índole mujeril de los tiempos que corren; pero todo parece reducirse a tener las faldas abombadas. En las iglesias se arrodajan en el suelo, en vez de hincarse de rodillas, con las faldas dispuestas a su derredor, y parecen enormes nabos de cabeza rapada, nabos que por motivo de un perseverante crecimiento tuviesen la mitad de las raíces por fuera. Ahora bien,—concluye sabiamente el novelista,—las mujeres que parecen nabos no son especialmente atractivas.....".

Más lisonjera es la impresión que se formó de nosotros en la misma fecha, el periodista francés Belly, que vino al país a tratar de negociar con el Gobierno de Mora. Belly nos califica de un pueblo "mezcla de modestia, dignidad y bondad". Según él, poseemos "esa modestia, que no se puede admirar lo bastante....." Por eso, "nunca he oído a un costarricense ensalzar a su país como nosotros (los franceses) elogiamos al nuestro..... Desconocen (los costarricenses) el patriotismo estúpido..... Se hicieron matar heroicamente en Rivas y el único que me habló de ésto fué el señor Mora con los ojos arrasados en lágrimas....." "No han profesado nunca el odio al extranjero, ese dogma infernal de la educación española....." Costa Rica es para Belly, "un fenómeno político y social tan extraordinario que tome mucho no ser tomado en serio al pintarlo tal como es". Según este autor, y es digno de notar que la observación comprende el interregno de 1829 a 1859, es decir, la época de gobierno carrillista, "un pueblo pequeño, el más pequeño de todos, no ha necesitado de César ni de Carlomagno para realizar en treinta años más progresos que Francia en catorce siglos....." El escritor Belly, tan generoso con nosotros, en aquellos años que siguieron al destronamiento de Carrillo, en que tuvo oportunidad de oír, posiblemente, las más duras críticas contra su administración, expone, sin embargo, que aquel gobernante, "ha dejado la reputación de haber sido un reformador enérgico."

En este año de 1857, aparece en el país el chileno Solano Astaburuaga, que emite opiniones dignas de ser recordadas: "Pueblo sobrio, por carácter", es Costa Rica para él. Y sus naturales, son "inteligentes, fuertes, de buen color y facciones regulares....., los costarricenses se hacen notar desde luego por esos caracteres, como por la bondad y finura de sus modales, en especial entre la clase acomodada. El pueblo es de costumbres sobrias, industrioso por hábito, moral y muy amante de su país. Población concentrada, están todos siempre en contacto, ya por relaciones de comercio como de familia, de modo que entre ellos reina una especie de fraternidad hasta darse la denominación de hermanos en sus encuentros ordinarios de primera vista..... Sin necesidades ficticias, poco les basta para la satisfacción de lo que requiere una vida templada. Parcos y laboriosos a la vez, no se encuentran mendigos, y ni aun muchos que pudiesen tenerse por proletarios. Pues aunque por su apariencia y su sencillez en vestirse se les supondría tales, son sin embargo poseedores de bienes bastantes para vivir con desahogo. La aspiración de todos es a ser propietarios, y así es de común ver muchachos de diez años comprar con sus ahorros una yunta de bueyes y su carreta y trabajar con ellos hasta adquirirse algunas hectáreas de terreno. Los mismos propietarios de pequeños fundos van, después de terminadas sus reducidas faenas, a emplearse en los trabajos de las grandes haciendas, o a ocuparse con sus carretas o mulas en el acarreo de los frutos, etc. Es un pueblo, en fin, en que la constitución política prescribe como un deber "ser hospitalario" y en que se pierden los derechos del ciudadano por ingratitud con sus padres y por haber abandonado a su mujer e hijos o faltar notoriamente a las obligaciones de familia, y cuando la posesión de ese derecho es indispensable para obtener cargos de **importancia y ejercer actos que traen utilidad y consideración** en ese pueblo, decimos, no es extraño ver grabado en todas sus faces los caracteres que imprimen la moralidad y los hábitos industriosos, y que han levantado comparativamente a la República a más alto grado de prosperidad de lo que ha sido en los primeros tiempos de su existencia."

Este escritor chileno elogia, precisamente, los principios que el pueblo costarricense ha asimilado del Código General. Como lo habremos de ver más adelante, al hacer el estudio de esta materia, don Braulio se propuso inculcar en aquel cuerpo de leyes, a la nación que gobernaba un sentido moral y generoso de la vida, y parece haberlo conseguido, cuando, como en este caso, un escritor extranjero aparece tributando su aplauso a los principios que rigieron su vida social y política.

Parece en efecto deberse este benéfico resultado social a la influencia del gobernante depuesto por Morazán, cuando el ya citado Wilhem Marr, confirmando el juicio del escritor chileno nos dice: "El genio creador del Jefe que gobernaba a la sazón, don Braulio Carrillo, hacia el cual volaron tal vez algunos átomos del organismo de Pedro el Grande, logró efectuar la transformación. Anteriormente vivían allí con inocente comodidad pacíficos indios, que haraganeaban en el camino real casi hasta las primeras casas de San José. El Gobierno obsequió generosamente a estas buenas gentes tierras,

situadas a lo largo del camino, pero con la obligación para cada propietario de mostrar dentro del plazo de un año una cosecha de tal o cual cantidad de maíz, de la que podían disponer a su arbitrio ya fuese vendiéndola o reservándola para su propio consumo. Aquellos caballeros y damas de color moreno aceptaron gustosos y con alegría sus títulos de propiedad; pero no echaron canas pensando en el cumplimiento de las obligaciones contraídas y a consecuencia de ésto hubo *palos* o sean azotainas. Lo que dió buen resultado, consiguiendo por lo menos don Braulio que el mejor suelo del país y el más fértil se hiciese laborable y que se cultivara el café. Los indios se retiraron voluntariamente, unos a las montañas y otros a los pueblos de Cervantes y Orosi, donde todavía se encuentran individuos de tipo índico casi puro, que hablan un mal español. Para el filántropo resulta duro, pero el hombre atezado es así, y está muy bien que podamos tomar en Europa el buen café de Costa Rica, mediante haber imposibilitado al indio degradado y sumido en la pereza para dificultarnos su cultivo. Don Braulio fué un déspota inteligente, tal como lo necesitaba un país primitivo, y quizá el gobernante más puro y desinteresado que ha tenido Costa Rica. Creo que si en Europa tenemos tantos déspotas es tan sólo porque estos señores se imaginan ser genios. No hay que ser presumido. Por desgracia don Braulio fué expulsado por el General Morazán.....”.

El escritor chileno nos había hecho observar antes que “la aspiración de todos es a ser propietarios”, en Costa Rica. Marr, por el mismo tiempo apunta el detalle que antes de don Braulio la gran masa estaba desposeída de tierra y que no quería trabajarla. Ya en tiempos de don Juanito la transformación se ha operado. El pueblo costarricense no es nómada, sino un pueblo esencialmente campesino. Todos laboran la tierra y el cultivo del café es preponderante, después de ser casi desconocido en el país. Don Ricardo Jiménez, cuya diatriba política contra aquel gobernante, ha motivado esta réplica, nos afirma “que es falso que fuera el Prometeo del Café en Costa Rica, y que “por lo contrario, fué el que creó el primer impuesto de un real por cada quintal que se exportara”. Cien años después el señor Jiménez, emite esa opinión, pero la de los contemporáneos es distinta. Ocurre en este caso como en el de la leyenda de la Papisa Juana. No existe rastro en los historiadores de la época de la verdad del suceso, ni siquiera alusión indirecta; aún más, consta que entre la elección del Papa sucesor y el fallecido apenas hay un intervalo corto de tiempo en que no aparece señalada la elevación de ninguna mujer al solio pontificio, mas esto no es obstáculo para que tres siglos más adelante, el historiador Luitprando invente la necia conseja. De la misma suerte, un siglo después de desaparecido Carrillo, el señor Jiménez niega su bienhechora influencia en el fomento del cultivo cafetalero. Ya hemos citado el testimonio de Marr a este respecto en que se felicita de las disposiciones tomadas por Carrillo, que permiten beber buen café en Europa. Sin embargo, el más contundente de todos es el de Ephraim George Squier,—tan poco propicio al país; y que estuvo en Nicaragua en 1849: “.... el gran producto de Costa Rica, el que constituye su principal fuente de riqueza y el que ha hecho

de ella el Estado más rico de Centro América, después de haber sido el más pobre, es el café. Hasta el año 1829, el principal artículo de exportación del país, casi el único, era el palo brasil, de cuya venta sacaban los habitantes un surtido escaso de mercaderías extranjeras. La agricultura se limitaba a satisfacer las primeras necesidades del pueblo, y la situación miserable del país se prestaba a menudo para hacer mofa de su nombre sonoro de Costa Rica. Pero en dicho año (1829), unos pocos hombres emprendedores se unieron para hacer un ensayo de plantación de café. Bastaron dos o tres años para demostrar que tanto el suelo como el clima eran favorables para el desarrollo y perfección de la planta. Dos o tres ensayos más, todos hechos con notables buenos resultados, bastaron para que todos los empresarios y capitalistas del país dedicaran sus energías a esta nueva y provechosa industria. Por todos lados surgieron plantaciones y el café no tardó en llegar a ser el principal y, en realidad, casi el único artículo de exportación."

Observemos que Squier apunta el hecho que el cultivo del café empezó a interesar el país en el año 1829. Carrillo asume el mando en 1835. Es decir, que no es posible suponer que seis años antes alcanzara su apogeo aquel cultivo. Es precisamente durante el interregno de su gobierno que éste tiene su mayor auge. Observámoslo en el mismo escritor, que da en seguida los años de la exportación del producto: 1845, 1848 y 1850. Recordando que Carrillo abandonó el poder a mediados de 1842, y que Squier estuvo en Centro América en 1849: se colige visiblemente que es de los años 1835 a 1842 cuando el café alcanza su gran producción. El testimonio de Squier está reforzado por el anterior de Marr, que señala claramente la obra del gobernante en este sentido. Si Carrillo no hubiera puesto empeño en favorecer su incremento, mal podrían haberse llegado a los lisonjeros resultados que se obtuvieron en 1845 después de haber abandonado el poder. Transcurridos dos años y medio de salido al exilio Carrillo, el país producía un promedio de exportación de 80 libras por habitante. Y esto que los medios de transporte son primitivos: carretas, mulas y luego embarques que se dirigen a Inglaterra por el Cabo de Hornos.

No cabe, pues, la menor duda de que la tradición que atribuye a don Braulio el incremento del cultivo del café, está bien fundada. Para acabar de corroborar este aspecto, transcribimos el testimonio de Salvador Mendieta, distinguido escritor unionista centroamericano, que no puede menos de ser elocuente, por emitirse a favor de un estadista que dió al traste con la Federación: "El separatista Carrillo, dictador de mano fuerte, tuvo sin duda sobresalientes cualidades de gobierno, previsión administrativa y exacto conocimiento de la idiosincrasia de nuestros campesinos. Una de sus medidas de gobierno fué dividir el territorio del entonces Estado de Costa Rica en zonas de producción, ya de maíz, ya de frijoles, ya de café, ya de caña de azúcar, y de ganadería, etcétera. Luego, previno que de cada zona debía completarse una cifra determinada de producción, teniendo las cabezas de familia una cifra especial, según las circunstancias de cada uno, y si al recogerse las cosechas o al sumar los productos ganaderos no había mercados suficientes para unas y

otros, el gobierno los compraba a los mejores precios de cada temporada. Algo semejante debe hacerse ahora en toda la extensión de nuestra patria.”

Un dato, por demás decisivo, en favor de haber sido Carrillo el promotor del cultivo del café, nos lo ha dado ya el escritor Stephens al hacernos la descripción de las plantaciones de este grano que él observara a su entrada a la capital, en su visita durante el segundo período administrativo de don Braulio. Y aún dice claramente este escritor y viajero: “El cultivo del café ha aumentado rápidamente en las llanuras de San José desde hace pocos años. La cosecha total no pasaba de quinientos quintales siete años antes y se suponía que la del que estaba en curso iba a llegar a más de noventa mil.”

Stephens, que estuvo en 1839 entre nosotros, apunta la circunstancia de que siete años antes, es decir, 1832, no existía casi el cultivo del cafeto. Es precisamente durante la época carrillista que éste alcanza su climax, según este escritor. Consideramos, pues, que, es obvio insistir sobre el particular, después de tantas y pertinentes citas.

(Continuará en próximo número).

Pronunciámiento

de la Sociedad de Geografía e Historia de Costa Rica sobre el sitio de “El Jocote”

“Los suscritos, Anastasio Alfaro González y Ricardo Fernández Peralta, encargados por la Sociedad de Geografía e Historia de Costa Rica, de comprobar si estaba bien determinado el sitio *El Jocote*, donde pactaron el general Francisco Morazán y el brigadier Vicente Villaseñor, en 1842, —según las manifestaciones de don Francisco María Núñez Monge—, nos trasladamos el viernes 30 de los corrientes a dicho lugar, acompañados por el propio señor Núñez, y en parte por el diputado, licenciado don Eriberto Chavarría, ex-gobernador de la provincia de Alajuela, que ocasionalmente andaba por esos lugares. El otro miembro nombrado, don Luis Felipe González Flores, no pudo asistir por encontrarse enfermo.

Constituidos en el sitio conocido desde hace un siglo con el nombre de “*El Jocote*”, tres kilómetros al poniente de la ciudad de Alajuela, donde convergen dos calles, una de ellas la antigua “calle de arrea de ganado” o “calle de en medio”, a unos centenares de metros de la plazuela de San Josecito, y con vista de la carta del ganadero don Juan Gómez Alvarez, de fecha 24 de setiembre anterior, en que manifiesta que cuando compraba reses nicaragüenses allá por los años 89 y posteriores, los contratos expresaban que esos animales debían ser entregados en el sitio o “*Plaza de El Jocote*”, situado en el cuartel o distrito de San Josecito, o sea la entrada de “*El Coyol*”; y oídos los señores Julián Carranza, vecino de las Animas (calle de Garita); Eloy Morales Madrigal, cuya